

Robado del Archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova  
<http://www.latinamericanstudies.org/>

COLECCION DE  LIBROS CUBANOS

DIRECTOR: FERNANDO ORTIZ

VOL. XXVI

**INICIADORES Y PRIMEROS MARTIRES  
DE LA REVOLUCION CUBANA**

POR

**VIDAL MORALES Y MORALES**

CON INTRODUCCION

POR

**FERNANDO ORTIZ**

Y BIOGRAFIA POR

**RAFAEL MONTORO**



**TOMO III**

**CULTURAL, S. A.**

LA MODERNA POESIA | LIBRERIA CERVANTES

PI Y MARGALL, 135

AV. DE ITALIA, 62

HABANA

1931

de orden u oficio competente. Gracia que espera de la justificada y notoria bondad de V. E.—Habana 23 de Marzo de 1855.—AGUSTÍN SESTI.

Habana 23 de Marzo de 1855.—No ha lugar a lo que se solicita.—CONCHA.»

(*Las Avispas*, Habana, agosto 23 de 1893.)

## CAPITULO XVII

### WALKER Y GOICURÍA

Nicaragua en 1854.—William Walker.—Su origen.—Sus propósitos.—Domingo de Goicuría le envía de comisionado a Francisco Alejandro Lainé.—Su entrevista en Granada.—Compromiso contraído por Walker.—Llegada de Goicuría a Granada.—Su ruptura con Walker.—Fin de las aventuras del último filibustero del siglo XIX.—Cubanos que militan con él.—Semblanza de Domingo de Goicuría, por Cirilo Villaverde.

**E**L suplicio de Pintó es el último acto de la tragedia anexionista. Los conspiradores, escarmentados, aterrados, desengañados, hemos visto que se disolvieron. Quedaron grupos aislados supervivientes de la última expedición de López, y éstos, esperando siempre amparo y protección de los hombres del norte, resueltos siempre a correr en pos del peligro, se agruparon en torno de DOMINGO DE GOICURÍA, y con él compartieron las responsabilidades de la guerra con que Walker aumentó los duelos, las lágrimas y las ruinas que parecían el lote de la república de Nicaragua.

La aventura de Walker es el último esfuerzo que realizara el partido esclavista de los Estados Unidos para llevar a cabo sus ambiciosos proyectos de conquista de nuevos territorios en el golfo de Méjico y en la América del Centro, a los cuales llevaría la odiosa institución, o la afianzaría en los países que

la tuvieran establecida preparando así alianzas y comunidades de intereses con que resistir a la acción de las ideas del norte, representadas por el partido republicano. El fracaso de aquella aventura no fué causa de que se renunciase a otros ensayos parecidos: el motivo que obligó a abandonar los planes de conquista fué el estado de cosas que se sucedían en el seno de la gran república y que obligaron a los prohombres del sur a concentrar sus fuerzas y hacer converger sus miras para aquellos estados de la federación colocados en la zona que separaba los pueblos esclavos de los pueblos libres. Comprendieron por la actitud de los demócratas del norte, aliados condicionales de los esclavistas puros, que se acercaba la hora en que tendrían que contarse y que juntarse para defender a hierro y fuego sus bastardos intereses, y este convencimiento que los impulsó a provocar el más rápido desenvolvimiento de los sucesos, con excesiva confianza en el triunfo de su causa, les impuso la necesidad de renunciar por siempre jamás a las ideas de propagar la esclavitud fuera de los límites de la federación.

Por eso acaba en Walker el devaneo de la conquista, él mismo es el último actor de un drama histórico, en que los personajes recuerdan a veces a los audaces capitanes españoles de la conquista de América, a veces a los feroces piratas del siglo XVIII, y que alcanza su manifestación más alta y característica en la guerra contra Méjico, que empieza por una aventura de los esclavistas y se complica y convierte en causa nacional. Walker es el sucesor y continuador de Fremont y de Kearney, los conquistadores de California; de Taylor, de Scott, el jefe del ejército invasor de Méjico, que sueña con las

hazañas de Hernán Cortés, y que ve brillar sin desvanecerse, la corona imperial y que más tarde sería corona de espinas en las sienas del romántico Maximiliano de Austria. Walker pretende completar la obra de aquéllos, y la historia de su aventura, que narraremos sucintamente, demostrará con exactitud lo que llevamos dicho.

*Los Caballeros del Círculo de Oro*, vasta sociedad secreta organizada por los esclavistas del sur, tenían por objeto extender la esclavitud, como un círculo, en torno del golfo de Méjico y de las Antillas, anejando nuevos estados que diesen más vigor a la futura confederación. Esta sociedad, cuando desiste, obligada por las circunstancias, de su primitivo plan de conquistas, dirige sus esfuerzos a ganar aliados a la causa de la separación. Y es a ella, moviéndose en una raza en que la acción colectiva es tan perseverante y tan fecunda, a la que debemos referir, en primer término, la simpatía, el apoyo moral y aun material que encuentran en Nueva Orleans Narciso López y sus amigos. López, ni en sus proclamas, ni por los órganos de sus partidarios, manifestó nunca sentimientos hostiles a la esclavitud, rehuyó referirse a ella para ganar prosélitos, y ni siquiera adoptó las ideas de los negrófilos más templados y cautelosos.

Las huestes que llevó a Cárdenas, como las que condujo a la Vuelta Abajo, se componían casi en su totalidad de americanos del sur o de extranjeros: los cubanos formaban una minoría insignificante. Es fama que López, replicando a otra frase no menos desdeñosa del general Concha, decía que se servía de yanquis para realizar la invasión, que su objeto era internarse en Tierra Adentro, donde el

país respondería a su llamamiento, y que conseguido esto dejaría los yanquis a sus espaldas para que los perros de los españoles se entretuviesen en roerles los huesos. Si esta frase es cierta, vendría a demostrar lo que hemos dicho antes acerca del ideal político de Narciso López, que hemos procurado definir examinando la historia de su vida y las circunstancias de sus conspiraciones y de sus insurrecciones. Pero si demuestra, por un lado, que López aprovechó como instrumento para sus planes las ambiciones de los sudistas, demuestra también que éstos, si le prestaban su apoyo, como lo hubieran hecho si al desembarco en Playitas no hubiera sucedido el desastre que vino después de la estéril victoria de Las Pozas, no hubieran consentido en que el audaz venezolano les arrebatase la presa de las manos.

En 1854 disputábanse dos bandos el gobierno de la república de Nicaragua, que tomaron las denominaciones de democrático y legitimista. El bando democrático para asegurar el triunfo, celebró a fines de 1854 un contrato con un aventurero norteamericano, Byron Cole, el cual después de firmadas las capitulaciones de rigor, traspasó sus deberes y responsabilidades a su compañero y amigo William Walker (1). William Walker era oriundo del es-

(1) Anexada la Alta California a los Estados Unidos, la abundancia de oro hizo pensar en la fácil comunicación de Nueva York a California. Se ensayó con éxito. De aquí nació la *Corporación del Tránsito*. Walker era natural de Nashville (Tennessee). Después de 1854 invadió la Baja California y se nombró presidente de esta península. Méjico lo combatió y él huyó, confesando las miras esclavistas de su aventura. Entre los que con él vinieron a Nicaragua, estaba Aquiles Kewen, que había tenido el mando de una compañía en Cárdenas con López. Llamó a sus huestes *Falange americana*.

tado de Tennessee, había estudiado ciencias naturales en una Universidad de Alemania; en París estuvo a punto de obtener el grado de doctor en Medicina; pero impulsado por su natural ambicioso y turbulento regresó a los Estados Unidos y en 1849 lo vemos de redactor en jefe del *Crescent*, periódico de Nueva Orleans, en donde hizo ruidosa campaña por la libertad de Cuba, campaña que si fué espontánea, debió resonar con simpatía en el corazón de nuestros compatriotas. Un año después Walker aparece en San Francisco de California redactando el *Herald* de dicha ciudad, y a principios de 1854, puesto al servicio del general Santana, invade el estado de Sonora y tiene que retirarse con gran dificultad y serios peligros. En ese mismo año es elegido diputado para la Convención del estado de California, a la sazón que redactaba en Sacramento el *State Journal*, asociado a Byron Cole.

Walker desembarca en Nicaragua, en 1855, al frente de cincuenta hombres y tras una serie de peripecias en que el mejor auxiliar de sus planes es la discordia de los nicaragüenses y la falta de unidad de acción de las repúblicas limítrofes, puso el poder en manos del bando democrático, concluyendo él por ejercer una dictadura célebre por su crueldad, su rapacidad y por el hecho de haber restablecido la esclavitud de los indios en todos los ámbitos de la república. Ante los triunfos del periodista de Nueva Orleans, que eran el escándalo de mundo, Domingo de Goicuría, el incansable patriota cubano que constantemente maquinaba algún proyecto por la libertad de su patria, impulsado por un exceso de energía le envió un comisionado. Fué éste Francisco Alejandro Lainé, quien llegó a Granada en ene-

ro 1856, y el cual convino con Walker en unir los recursos que éste tenía en Nicaragua con los restos de los que tenía Goicuría como tesorero que fué de la Junta Cubana, haciendo causa común para asegurar la prosperidad de Centro América y libertar después a Cuba del dominio de España (1).

En cumplimiento de ese pacto, Goicuría llegó a Granada el 9 de mayo de 1856 al frente de doscientos cincuenta hombres. Walker nombró a Goicuría brigadier e intendente general de Hacienda, y no tardó en enviarlo a pacificar el territorio rebelde de Chontales. Goicuría—dice un historiador centroamericano—«fusiló a varios desgraciados, para sembrar el terror, y su huella, como la del tigre, quedó señalada por un rastro de sangre».

En agosto de aquel mismo año el aventurero Walker envió a Goicuría las credenciales en que lo acreditaba como ministro plenipotenciario de Nicaragua ante el gobierno de la Gran Bretaña, pero Goicuría, en carta publicada en el *Herald* de Nueva York, denunció a Walker «como a un malvado, torpe e impolítico». Esta ruptura tuvo lugar en la época en que Walker decretó un empréstito de dos millones de pesos, decreto que tenía por complemento la ley que restablecía la esclavitud, sin que se

(1) Goicuría era anexionista. La iniciativa del contrato partió de él. Envío a Granada a Francisco Alejandro Lainé, joven muy inteligente, que celebró el contrato con Walker. En virtud de este convenio el general Walker daba su palabra de honor de que ayudaría y cooperaría con su persona y recursos, hombres y armas, a la causa de Cuba y a su libertad, después de haber consolidado la paz y el gobierno de la república de Nicaragua.

diese por entendido de sus promesas respecto a Cuba (1).

(1) Montufar dice que habiendo Walker declarado que la llave de su política en Nicaragua fué restablecer la esclavitud para apoyar a la gente del sur, y en odio al norte, uno de los más prominentes ciudadanos que estuvieron a su lado, Domingo Goicuría, se apartó de él a consecuencia de su política. El mayor J. P. Heiss, como agente de Walker, hizo entonces cargos muy graves a Goicuría, y éste dirigió una carta al *New York Herald*, que el citado historiador reproduce íntegra (páginas 604 y siguientes). Dice Goicuría en réplica a Heiss: «Es bien sabido que desde hace algunos años estoy entregado con alma y corazón, vida y fortuna a la causa de agregar a Cuba a los Estados Unidos. Nicaragua era para mí un simple objeto secundario, un simple escalón para subir hasta Cuba. Fuí a Nicaragua en marzo último (1856) y el 13 de julio llegué a Nueva Orleans. A fines de agosto recibí mis credenciales con esta carta de Walker (la inserta y en ella dice Walker a Goicuría: «Cuba debe ser y será libre, usted puede hacerle ver a los ingleses que el único medio de cortar la creciente y expansiva democracia del norte, es establecer una Confederación del sur, compacta y fundada en principios militares»). Esta carta, dice Goicuría, me reveló el designio de Walker de establecer un despotismo del sur en contrapeso a los Estados Unidos del norte. Era evidente que las ideas de anexión de Cuba a dichos estados, estaban muy distantes de la mente de Walker. En octubre tuve noticias del decreto restableciendo la esclavitud en Nicaragua, lo que contribuyó más aún a mi desafecto. No tengo para qué decir que no afecto una falsa filantropía respecto a los negros, pero en el estado crítico de los negocios del sur Walker me parecía la quintaesencia de la estupidez. Walker no cumplirá sus compromisos conmigo ni con Cuba. Por tanto, yo no puedo esperar nada de él ni Cuba tampoco. Así, denuncio a Walker como un hombre falto del primer elemento para todo, es decir de buena fe. Lo denuncio como traidor a los intereses de Cuba y de los Estados Unidos».

He aquí la semblanza de Domingo de Goicuría que dió a luz *El Porvenir*, de Nueva York, de 28 de enero 1891.

Tiene la pluma para reflejar algo de los actos de la vida de este ilustre, consecuente y batallador cubano, el que fué su amigo y compañero, el viejo patriota, el revolucionario incansable, el notable escritor honra de las letras cubanas, y a quien rinden justo tributo los cultivadores de nuestra hermosa lengua, señor Cirilo Villaverde:

«Perplejos nos vemos al trazar los rasgos más prominentes de la vida, hechos y desastrosa muerte del sin ventura patriota cubano.

Algunos meses después (diciembre) los gobiernos de los Estados Unidos y la Gran Bretaña, ampliaron el tratado Clayton-Bulwer con el llamado Dallas-

Y nos vemos perplejos, entre otras razones, por nuestra notoria deficiencia en esta clase de escritos, porque la vida del héroe fué muy agitada y nada existe de pública notoriedad que ayude nuestra ya decadente memoria.

Cuando nuestra desgraciada patria gemía esclava bajo el poder de los bárbaros sátrapas que la gobernaban, desde Tacón hasta O'Donnell, el que esto escribe conoció y trató íntimamente a don Domingo de Goicuría. Como esclavos que éramos, nuestra amistad nació y llegó a intimarse en el paseo público de la Habana y en los salones de las sociedades filarmónicas, entonces en su vigor en dicha ciudad. El, joven, jovial, fino, elegante, buen mozo, rico, poseedor de varias lenguas vivas, adquiridas durante su residencia y viajes por Inglaterra (donde se educó), Francia y los Estados Unidos de América, era bien querido y estimado de la juventud habanera de ambos sexos.

Hacia los últimos años de la satrapía del general O'Donnell en Cuba, se hallaba en su apogeo la trata de África, creciendo a compás el temor, entre la gente sensata de la sociedad cubana, que roto el equilibrio entre las dos razas, preponderase la más oprimida, y se alzase contra la opresora. Entonces fué cuando se idearon varios proyectos de población blanca. Al efecto, Estorch trajo de Cataluña barcadas de catalanes para explotar un ingenio de fabricar azúcar que fomentaba en las cercanías de Puerto Príncipe. La zafra, como se dice en Cuba, comenzó con felicidad. El trabajador blanco fraternizó con el trabajador negro. Pero no duró mucho esta *entente cordiale*. Bien pronto, uno a uno y dos a dos, no quedó un operario blanco en el ingenio de fabricar azúcar, seducidos por los paisanos *mansos* de la ciudad.

El espíritu inquieto y voltario de Goicuría vió en el ensayo de población blanca de Estorch, un medio de servir a su patria, trayendo de Vizcaya, gente tal vez más morigerada y trabajadora de las provincias vascongadas, de donde era su padre, ya difunto. Para ello, sin pérdida de tiempo se trasladó a la península. Dió muchos pasos, se afaná grandemente, gastó buenos pesos de su propio peculio y no pudo traer a Cuba un solo obrero vascongado.

Su biógrafo, el perspicaz y laborioso señor Calcagno, afirma, no sabemos con qué fundamento, que ese viaje de Goicuría a las provincias vascongadas tuvo por objeto final y secreto el servir la ambición de María Cristina de Borbón, que aspiraba a un trono en el Ecuador para una de sus hijas; seducido por la dádiva de honores de Intendente de ejército. Nosotros protestamos contra semejante afirmación. Escasez de entendimiento reconocimos siempre en Goicuría, pero le rebosaba el patrio-

Clarendon, que venía a borrar diferencias entre ambas naciones, y que, substancialmente, no era otra cosa que la aplicación recta de la doctrina de Monroe,

tismo. Este le sobró siempre, como lo demostró en la vida y en la muerte.

Admitimos que Goicuría estuvo en Londres por la época en que el general Flores, lanzado del Ecuador, intrigaba con la reina Cristina de Borbón a fin de realizar la invasión de su patria con una escuadra que se alistaba en Inglaterra; por cierto que nuestro amigo nos remitió de aquella capital un periódico en inglés en que se decía algo de Cuba. Pero parece increíble que un patriota cubano empeñado en salvar su patria de los males con que le amenazaban sus propios ambiciosos opresores, se metiese en una empresa loca de la cual no podía esperar nunca provecho para sí ni honra para su patria.

Lejos de tomar parte Goicuría en semejante vergonzosa empresa, trajo entonces del extranjero máquinas, herramientas y obreros para fabricar clavos, sin necesidad de la fragua y del martillo, estableciendo la fábrica en la vertiente de Casa Blanca al pie de la fortaleza de la Cabaña. Este proyecto de industria local en su patria que carecía de establecimientos de esa clase, tuvo muchos opositores entre los mismos traficantes en artículos de ferretería. Por de contado, la industria murió en ciernes.

También la yerra el distinguido autor del *Diccionario biográfico cubano*, cuando afirma que Domingo de Goicuría «coadyuvó con Hernández a la venida de Narciso López a Cárdenas, en 1850».

Cierto, Goicuría fué el comisionado de los conspiradores de Cárdenas, Matanzas y la Habana para aplicar los fondos reunidos allá al pronto despacho de la expedición que López preparaba con el mayor sigilo en este país. El vapor *Creole*, que se alteraba y componía en un astillero particular de Nueva Orleans, estaba casi listo para hacerse a la mar, cuando Goicuría se presentó en esta ciudad de Nueva York. Fuimos a saludarle en el hotel donde se hospedaba, sorprendiéndole en la cama el día después de su arribo. En la conversación que tuvimos sobre lo que aquí y allá se hacía en favor de la causa, dijo con alguna vehemencia:—«¡Me propongo escribir a mis amigos: nada, nada, nada!» Y apenas un mes después, López desembarcaba en Cárdenas a la cabeza de 610 revolucionarios.

Un año o dos después de la muerte de López, Goicuría tomó parte activa, si no principal, en los movimientos revolucionarios. El secundó con todas veras el atrevido plan de don Ramón Pintó, que tenía por objeto invadir la isla de Cuba con una fuerza de gente americana constante de tres a cuatro mil hombres al mando del célebre general Quitman. Goicuría desplegó en esta ocasión una actividad e inteligencia sin segundo. Miem-

en el sentido de que Inglaterra conservaba sus posesiones de Belizae y renunciaba a lo que había usurpado en Mosquitia y en el litoral de Honduras.

bro de la Junta Patriótica Cubana, que funcionaba en Nueva Orleans, compuesta de Gaspar Betancourt Cisneros, de Elías Hernández, de Porfirio Valiente, del conde de Pozos Dulces y del secretario Santacilia, corrió con la compra de las armas, municiones de boca y de guerra, y de la contrata de los transportes, tres vapores de alto bordo.

Todo estaba a punto de realizarse; la tropa enganchada; las armas y municiones de guerra embarcadas; los capitanes de los transportes contratados formalmente, cuando uno de éstos, por malicia o por otro motivo cualquiera, se diafanizó la cosa y el gobierno americano tomó cartas en el asunto, desbandó la gente, y el cabecilla murió en el patíbulo de la Habana.

Pero no desmayó Goicuría por semejante contratiempo. Del fracaso pudo salvarse la copiosa y rica armamenta, y él se propuso donársela a uno de los *filibusteros*, abundantes a la sazón en los Estados Unidos de América, que ganoso de fortuna y gloria, le ayudase a destruir el tiránico gobierno de Cuba. Sucedió que el año de 1854, el más famoso de aquellos, llamado desde California por los descontentos del gobierno de Nicaragua, había invadido la república, triunfado y apoderádose a poca costa del mando absoluto, en calidad de presidente.

Sucedió, asimismo, que el comandante del vapor que trajo a Walker a Nicaragua, no fué otro que el intrépido capitán Lewis, el mismo que en agosto de 1851 puso en tierra de Cuba, cerca de Bahía Honda, en el famoso *Pampero*, al no menos intrépido general Narciso López con sus cuatrocientos y más compañeros de infortunio.

Fué, pues, fácil a Goicuría entenderse con Walker, apenas se presentó en San Juan del Norte, porque además de la rica carga de armas y municiones de guerra que le hacían grave falta al nuevo presidente, le llevaba un buen refuerzo de jóvenes cubanos, que o habían hecho la campaña con López en Vuelta Abajo o deseaban pasar el mar Caribe y batirse de nuevo con las tropas españolas. Entre éstos pueden citarse a Francisco Lainé, que fué fusilado por las tropas aliadas de Centro América; a Manuel Hernández, hijo del doctor del mismo apellido, muerto a palos en las calles de Granada; a Manuel Higinio Ramírez, muerto del cólera a bordo del vapor *Virgen* en el lago de Nicaragua; a Ramón Ignacio Arnao y a otros varios de menos nota.

En premio de sus generosos servicios, obtuvo Goicuría la gobernación del departamento de Chontales, puesto que no solicitó ni sirvió sino interinamente, a fin de no romper desde luego con el donante, que ya empezaba a desplegar el

Si siguiésemos paso a paso la vida del célebre aventurero de Tennessee, veríamos que Mr. Pierce, presidente de la república de los Estados Unidos, no

feroz despotismo, origen de su temprana estruendosa caída.

Muchas fueron las inculpaciones que se hicieron a Goicuría por algunos patriotas cubanos, con motivo de sus tratos con el infame Walker. Pero ¿cuál de sus censores no hubiera hecho lo mismo, si no peor? La mercancía en manos de nuestro amigo, no era vendible, ni almacenable en este país, donde se la había declarado de contrabando, y la policía federal la buscaba con ahinco.

No desmayó, sin embargo, Goicuría, por todos estos contratiempos y desastres. Noticioso de que se conspiraba en el distrito de Baracoa, despachó allá al bravo Estrampes, exaltado patriota a quien hizo morir en el patíbulo el capitán general don José de la Concha, en 1855, antes por miras políticas, según declaración suya en un escrito público, que porque mereciese semejante atroz pena.

En los últimos actos de su asendereada vida, fué donde Domingo de Goicuría desplegó todas aquellas facultades y virtudes cívicas que le hacen merecedor de la garantía y respeto de sus conciudadanos.

Había quedado puede decirse sin familia, a excepción de su hermoso hijo Valentín, joven de unos 20 años que practicaba el comercio en esta ciudad, cuando su amigo y pariente José María Mora pensó en él para jefe de la expedición que lleva su nombre. Pero ese mismo hijo, luego había marchado a Cuba, en calidad de ayudante del general Jordán, en la expedición del vapor *Perrit*.

En el *Diario de un Soldado*, que atribuimos a nuestro querido amigo Juan Ignacio de Armas, muerto hace poco en Madrid, se lee lo siguiente: «3 de octubre de 1869.—Por la tarde llega otro tren a Cedar Key. Conduce al general Goicuría, con Juan Clemente Zenea y un grupo de oficiales extranjeros y cubanos; hace mes y medio salió de Nueva York... El general es ya sexagenario. Es bajo de cuerpo y parece muy vigoroso. Siendo yo muchacho, el 52, lo conocí en Sevilla, donde se hallaba desterrado por causa política. No ha cambiado en nada... Según dicen, acaba de saber la noticia de la muerte de su hijo Valentín, acaecida en el campo de batalla, y ésta es probablemente la causa de su adusto semblante».

El autor de ese *Diario* pinta con lucidez y verdad otras muchas escenas interesantes a bordo del vapor *Lillian* en que figura Goicuría como jefe de la expedición; como segundo el coronel Cristo que mandó el batallón cazadores de Hatuey (\*);

(\*) La bandera de este batallón fué regalada por la señora Emilia C. de Villaverde al general Goicuría.

sólo se mostraba tolerante para con Walker, ya elevado a la categoría de héroe de leyenda por los esclavistas del sur, que ostensiblemente le auxiliaron

como mayor general de la brigada el general William, y como jefe de Estado Mayor el coronel Schomberg.

Parte al fin el famoso *Lillian* en su misión libertadora el día 4 de octubre cargado hasta la borda de cuantiosos y buenos pertrechos de guerra, de unos 400 hombres de pelea; de experimentado capitán y de no menos ducho piloto; pero con escaso carbón y eso malo. La navegación es fácil y rápida porque el vapor tiene buenos pies. Se descubre tierra el 9 de octubre; pero no es Cuba sino un cayo de las Bahamas. Dase allí fondo porque se ha agotado el carbón. Desde ese momento queda todo concluido.

Goicurúa con Cristo, Zenea y otros varios, se trasladó a Nueva York, triste y abatido sí, mas de ningún modo escarmentado ni desesperado. Al contrario, se cree en el deber de entrar en Cuba, aunque en ello le vaya la vida. Está sólo en el mundo. Familia, amigos, vínculos, ya no le atan a la tierra. Fuerza es que corra a la suya para vengar a su hijo y continuar su obra revolucionaria.

En efecto, a su costa, arma un buque de vela y en unión de unos 36 hombres, la mayor parte compañeros del *Lillian*, logra desembarcar en tierra cubana. Se interna con ellos hasta reunirse con el Presidente, que le nombra su ministro cerca de la república mejicana. A la vuelta camino de Nueva York, se refugia en Cayo Guajaba, en espera de buen tiempo y barquichuelo que le transporte a Nassau. Pero se tarda el socorro y un cañonero del enemigo le sorprende y apresa. Conducido a Puerto Príncipe, Rodas que mandaba allí, ordenó su remisión a la Habana, para dar un espectáculo, con su muerte en el garrote, a sus numerosos conocidos y parientes.

En la tarde que precedió a la ejecución en la explanada occidental de la fortaleza del Príncipe, por disposición del tribunal de guerra, le visitó en el calabozo, para reconocerle, su antiguo amigo, paisano de su padre, don Julián Zulueta. Al avistarse los dos, dijo el primero:

—¿Qué es eso, Domingo?

—Ya lo ves, Julián, aquí acogotado. Hoy por mí, mañana por ti.

Julián Zulueta no le sobrevivió mucho. Poco después murió de la caída de un caballo (\*).

C. VILLAVERDE.

(\*) «Así muere un valiente por la libertad de su patria.—Nada pudiéramos decir por nuestra parte que honrase tanto al ilustre patriota mártir Domingo Golcurúa, como lo que expresa el adjunto artículo publicado por *La Vos de Cuba* al dar cuenta de la ejecución el 7 de mayo de 1870.

en su empresa con armas y hombres, sino que con su conducta equívoca para con los enviados del mismo, dió ocasión a que más de una vez el Cuerpo Diplomático residente en Washington, especialmente el de los países sudamericanos, protestase con energía de una actitud que parecía inclinarse a reconocer como legítimo y constitucional el gobierno liberticida y dictatorial del osado filibustero. Goicurúa y sus compañeros, seducidos probablemente por esta perspectiva, no vacilaron en ponerse del lado del campeón de la esclavitud, movidos por el an-

España y los españoles han echado una nueva mancha de sangre sobre su nombre y su negra historia de crímenes políticos.

El grito salvaje de ¡viva España! equivale al de ¡muera la Libertad! Así quedará odiado para siempre en América el nombre de España y de los españoles.

He aquí el artículo de *La Vos de Cuba*:

«La ejecución de Goicurúa.—El tristemente célebre don Domingo de Goicurúa, el hombre que desde 1850 venía conspirando contra España, ha expiado sus culpas en el patíbulo a las nueve de esta mañana, como reo de alta traición.

¡Paz a los muertos!

Ante el cadáver del ajusticiado olvidamos los extravíos del hombre.

A los pocos momentos de estar en la cárcel el prisionero de Guajaba, se constituyó el Consejo de guerra bajo la presidencia del coronel de ingenieros señor Malo y actuando como fiscal el comandante de milicias señor Uzuriaga.

Para la identificación de la persona, el mismo Goicurúa designó para que lo reconocieran a los señores Zulueta y Torices. El último no pudo acudir al llamamiento que se le hizo por estar ausente de la Habana; pero sí el señor Zulueta, que con otras muchas personas que concurren al acto, reconocieron al jefe de tantas expediciones filibusteras.

Con mucho aplomo contestó a cuantas preguntas se le dirigieron, pero se notaba el afán de exagerar el hecho.

Dijo, y en esto suponemos que hay completa exactitud, que al ser aprehendido llevaba cinco días manteniéndose sólo con cangrejos, y que alguno de sus compañeros habrían muerto ya de hambre.

Al indicarle que nombrase defensor contestó que le era imposible, por no conocer a nadie. Entonces fué nombrado de oficio el oficial de artillería señor Toledo. Al presentarse el defensor en la cárcel, quiso naturalmente conferenciar con el reo, pero la entrevista fué tan corta que apenas duró dos o tres minutos.

El señor Toledo pidió al tribunal que su defendido fuese pasado por las armas en vez de sufrir el garrote vil, aduciendo como única circunstancia atenuante, el hecho de haber salido huyendo de esta isla.

A media noche pronunció su sentencia el Consejo, y el reo, que la oyó impasible, fué trasladado a las dos y media de la mañana al castillo del Príncipe, acompañándole en el coche el teniente del batallón de Ligeros que estaba de servicio, y escoltándole algunos hombres del mismo cuerpo.

En la capilla ha dado muestras de gran entereza de alma y dicen, testigos presenciales, que únicamente se conmovió y asomaron las lágrimas a sus ojos al recuerdo de un hijo que tiene en Filipinas, según nos han asegurado.

A las ocho próximamente se dió el orden de marcha, oponiendo el reo al principio alguna resistencia a que le vistiesen la hoga, pero accedió pronto, ayudando él mismo a colocarse, así como la capucha.

helo de libertar a Cuba, que se rejuvenecía ante los sangrientos y repetidos fracasos en sus luchas por la conquista de la libertad. Sólo así se explica su complicidad en aquella aventura en que lo real y práctico dependía de un concurso de circunstancias favorables, y en que lo inmediato y verosímil era un empeño peligroso, descabellado, que empezaba sacrificando víctimas inocentes. Estéril fué la sangre cubana que allí se derramara, y el sentido moral que acató el fallo que puso fin «a las aventuras del último filibustero del siglo XIX» (1), como llama Gamez

*Marchó por la carrera con paso seguro, haciendo alarde de valor, que indudablemente no le ha faltado ni un punto. Parecía fijarse en cuanto a su alrededor habla, no demostrando mucha atención a las palabras que los sacerdotes le dirigían.*

*Las gradas del patíbulo las subió con paso entero y acelerado; y aunque quiso hablar no se le permitió; sentándose por sí mismo en el fatal banquillo, sin que su serenidad decayese ni un momento.*

Un instante después el fallo de la ley estaba cumplido y Domingo de Goicuría aparecía ante la presencia del Supremo Hacedor a dar cuenta de sus actos.

[Paz a los muertos!

El pueblo de la Habana ha dado una prueba más de su sensatez y cordura.

Con silencio sepulcral ha presenciado la apiñada multitud el paso del reo y su ejecución, sin que una voz siquiera turbara el imponente acto.

Tan sólo, cuando ya el fallo de la ley estaba cumplido, lanzaron todos los corazones un ¡viva España!

Felicitemos al pueblo por su actitud. El alto ejemplo de moderación que hoy ha dado servirá más y más para confundir a sus calumniadores enemigos».

De *La Estrella de Cuba*, 24 mayo, 1870.

(1) Walker salió de Nicaragua en abril de 1857, volvió a esa república el mismo año en que, perseguido por el comodoro Pauling a bordo de la fragata de los Estados Unidos *Wabash*, es conducido a Nueva Orleans, donde le defiende Pierre Soulé. Es absuelto y el ministro de Nicaragua, Irisarri, protesta de la absolución. En 1858 quiso apoderarse de Roatan, pero tuvo que retirarse sin lograrlo. En 1860 publicó su libro *La guerra de Nicaragua* y en el mes de junio llegó a Roatan y se dirigió a la costa de Honduras, apoderándose de Trujillo. Intimidado por los ingleses se internó en Nicaragua, pero rendido y hecho prisionero fué fusilado el 12 de septiembre de dicho año en Trujillo.

GALLENDER IRVINE FAYSSOUX

Estuvieron en Nicaragua al lado de Goicuría, además del teniente Gallender, ~~Irvin~~ Fayssoux, que fué de los compañeros de López en Cárdenas, (habla Walker, citado por Montufar, página 488) y contribuyó poderosamente al buen éxito del des-

a Walker, reprobada como liberticidas a aquellos cubanos que soñaron llegar a la emancipación de su patria derramando su sangre para que un hombre del tipo de un Walker esgrimiese el látigo del tirano para azotar a un pueblo hermano y desvalido.

embarco de las fuerzas del vapor *Créole*, llegando a tierra anclado, con una cuerda entre los dientes, con el objeto de vencer las dificultades con que se tropezaba para que el bote se acercase al muelle, el comandante Pablo Golibart, Francisco de Agüero, Francisco Alejandro Lainé que más tarde fué fusilado (\*); Manuel Tejada, José Serrano, Adolfo Pierra y Agüero, el secretario de Joaquín de Agüero y Agüero; Martín Jiménez, Antonio García Abarca, Diego Hernández, Cristóbal Ramos y Alegre, Rafael Pulgarón, N. Castillo, Antonio Fleury, Manuel Fleury, José María Rodríguez, José Crespo, Ramón Ignacio Arnao, Enrique Félix, N. Félix, Miguel Betancourt, Francisco de Armas y Céspedes, Francisco Montoto, Francisco Agüero y Estrada (*El Solitario*), Manuel Francisco Pineda, Isidro Payllon, Cirilo Torres, José Manuel Hernández, el hijo del doctor don Juan José, que fué a Cárdenas con López y después murió accidentalmente en Nicaragua; Gregorio Pinto, Manuel Higinio Ramírez y José Machado. Este contingente de cubanos despertaba los recelos del gobierno de España y por eso Concha estuvo tan atento en vigilar lo que sucedía en Nicaragua.

(\*) Lainé fué hecho prisionero por los aliados y fusilado. Walker ordenó en el acto la ejecución de dos oficiales guatemaltecos en represalia. Lainé se extravió en el bosque de noche, yendo en comisión con el coronel Fisher y el mayor Rogers. Este joven cubano, dice Montufar, página 634, murió con serenidad y admirable valentía. En el momento en que se preparaban las armas para quitarle la vida, pronunció estas palabras: *Los hombres mueren, las ideas quedan.*

En la tercera expedición de Walker contra Nicaragua quiso tomar a Roatan así que la dejaran los ingleses. Salmón, comandante del *Icarus*, lo entregó a los hondureños, que lo ejecutaron en Trujillo.